

el  
r-  
is  
an  
le  
r-  
in  
s  
a  
-  
n  
s  
-  
s.  
e  
n  
n  
3  
R  
t  
r  
t

# TERTULIA DE LA ALDEA, Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS NOTABLES,

AVENTURAS DIVERTIDAS, Y CHISTES  
graciosos, para entretenerse las noches del In-  
vierno, y del Verano.

## PASATIEMPO II.

*LA PRESENTE TERTULIA TRAE la Historia mas famosa y tierna, que se lee en los Autores, de la Españolita Inglesa: lo que la aconteció en Londres, y en su buelta á España: casos los mas estraños, y dignos de saberse. A esta Historia prosigue la de D. Quijote con su primera Aventura de los Mercaderes: el trato que le hicieron, y como fue hallado por uno de su Lugar, que compadecido de verle muy maltratado, le llevó sobre su borrico á su casa. Sana de la paliza que le dieron, y trazas que inventaron su Ama y su Sobrina para disuadirle de su locura; pero en valde. A lo celebre, y de los disparates de D. Quijote se sigue el cuento del Señorito tonto, y el Ayo prudente, que le manda quitar el sombrero á un Caballero. Otro el Cornudo azotado por su muger en las calles de Madrid. Otro del Hermano Junipero, sobre el chiste de los Angelitos. Y otro del Estudiante, sobre las truchas, y las quatro FFFF, y otros.*

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año de 1775.

Ayuntamiento de Madrid



T E R R U L I A  
D E L A A L D E A  
Y M I S E R I A N E A C U R I O S A  
D E S U C E S O S N O T A B L E S



AVENTURAS DIVERTIDAS, Y CHISTES  
para gozarse, para entretenerse las noches del In-  
vierno, y del Verano.

P A S A T I E M P O S

I N P R E S E N T E D E T R U N T R A E  
La Historia mas famosa y tierna, que se lee en los Auto-  
res, de la Esposa del Rey: lo que la aventura en Lon-  
dres, y en su vuelta a España: cosas muy curiosas, y  
diferentes a las de esta Historia, que se lee en el Qui-  
jote en su primera parte, y en las historias de Fruto  
que se hicieron, y como fue batida por uno de su Lugar,  
que condescendió de vez en cuando, se hizo a la vez  
batida de su casa. Esta de la historia que se cuenta, y de  
las que inventaron en Aten y en Zolonia para su entretenimien-  
to en la corte; pero en todas. A la cabeza, y a los dos lados  
de D. Quijote se sigue el capitulo del Rey de Francia, y el  
Ayo prudente, que le manda partir el su reino a su hijo  
hijo. Otro el Curioso exotado por su mujer en las calles  
de Madrid. Otro del Huirano, y el otro sobre el castillo de  
los Argones. Y otro del Rey de España, sobre las truchas, y las  
gastro FFF, y otras.

T O M O P R I M E R O

C O N R I C H E D I A

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de la  
Cruz, donde se halla esta y otras diferentes. Año de 1775.

**I**Ban poco à poco juntandose los Tertulios al toque del Ave Maria en casa de Anton Terrones para su acostumbrada diversion, y la tia Galga disponiendo su lumbre para que se entrasen luego, por no perder tiempo: que como havian quedado regostadas las demás mugeres de la diversion pasada, la atizaban para que todo lo tuviese dispuesto, avivada la lumbre, puestos los bancos, y aseado todo el hogar. Llegó el tio Mauro Pellejero con un muchacho al lado, que traía las Historias todas para todos sus compañeros, que no venia holgando; porque como eran quarenta por suerte, y traía para todos, el buen muchacho venia brumado. Repartiólas, y cobró de todos su dinero al mismo precio que las havia comprado. El Hidalgo Benavides se paró un poco à leer una, que como mas sabiondo que los demás, todos esperaban saber, qué juicio hacia de ellas. Mirabanle con atencion todos los visages que

hacia: arqueaba los ojos: torcia la cabeza en señal de pasmo; y en fin, hacia otros ademanes, que desmostraban serle muy de su gusto. Quando recogiendo en el pecho, dijo, hablando con el Autor de ellas: *Hà gran vellaco, qué diestro estás en la Escritura Sagrada, Santos Padres, é Historiadores.*

A esto quedaron todos satisfechos de que eran buenas las Historias, y dieron por bien gastado el dinero que les havian costado; y mas quando dijo el tio Pellejero, que à docenas las llevaban los Receteros, y Verederos para los Lugares. Fueron entrando en la cocina, y tomando cada uno su asiento, sin usar de cortesías, al uso de la Aldéa, embaynandose como podian. Las tias, agarradas con sus ruecas, y calcetas, se sentaron de monton en el suelo, poniendo á las que eran sordas delante para que oyesen. Empezóse entre los Tertulios à disputar quien havia de abrir,

y empezar la asamblea, y todos unánimes decían empezase el señor Hidalgo Benavides, que, en fin, no lo reusó mucho, porque traía materia bastante para ocupar él solo la noche. Dijoles, que según lo que había observado en ellos, había sido muy de su gusto la Historia de la noche antecedente; pero que esperaba les había de ser más de su agrado la que traía prevenida, porque era una de las mejores que había leído. Por quanto, amigos míos, es mucho lo que hay que decir; y por no perder el tiempo, no perdamos instantes, y minutos.

Entre los despojos que los Ingleses llevaron de la Ciudad de Cadiz, Clotaldo, un Caballero Inglés, Capitan de una Esquadra de Navio, llevó à Londres una niña de edad de siete años, tan hermosa como agradada. Quedaron sus padres por extremo tristes, y desconsolados, y Clotaldo alegre. Luego que llegó à Londres se la entregó à su muger Catalina. Quiso la buena suerte, que todos los de la casa de Clotaldo eran Catholicos

secretos. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo de edad de doce años, enseñado de sus padres à amar, y temer à Dios, y estar muy enterado de las verdades en la Fé Catholica. Catalina, la muger de Clotaldo, noble Christiana, y prudente señora, tomó tanto amor à Isabela, su tierna cautiva, que como si fuera su hija la criaba, regalaba, é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo quanto la enseñaban. No dejaba por eso de acordarse de quando en quando de sus padres, y suspirar por ellos muchas veces en medio de lo mucho que la querian en toda la casa de Clotaldo; pues era de este, y de Catalina su unica diversion.

Clotaldo, que no ponía su afición en otra cosa que en su querida Españolita, hizo, que la enseñasen muchas habilidades, y la lengua Inglesa: mas para que la Española no la olvidase, llevaba à su casa muchos Españoles, para que hablasen con ella. Llegó Isabela à hablar la Lengua Inglesa tan perfectamente como si hubiera  
na-

nacido en Londres: escribía, y leía de primor. Tañía con admiracion de todos todo instrumento, y cantaba qualquier papel de musica con una voz que la dió el Cielo tan extremada, que encantaba; quando cantaba. Todas estas gracias puestas sobre la natural suya, fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, hijo de Clotaldo, á quien ella, como á hijo de su Señor, amaba. Mil veces determinó Ricaredo manifestar su voluntad á sus padres, y se detenía, porque sabia, que le tenían dedicado para ser esposo de una muy rica, y principal doncella Escocesa, asimismo secreta Christiana, como ellos.

El buen Ricaredo se havia aficionado tanto á la Española Isabela, que se veía morir, y con efecto le dió una enfermedad, que le puso en los ultimos extremos, lo que causó mucha novedad en toda la casa, y especialmente en sus padres, pues era de todos querido por sus bellas, y nobles prendas; y todo lo causaba el amor que tenia á Isabela; porque los Medicos daban

por las paredes, sin acertar la enfermedad. En fin, dispuesto á romper por las dificultades, que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viendola sola, con desmayada voz, y lengua turbada, la dijo: Hermosa Isabela, tu mucha virtud, y tu mucha hermosura me tienen como me ves: si no quieres, que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responde á mi buen deseo, que no es otro, que el de recibirte por mi esposa à hurto de mis padres, que intentan casarme con otra. Si me das palabra de ser mia, yo te la doy desde luego, como verdadero, y Catholico Christiano de ser tuyo con la bendicion de la Iglesia: y aquel imaginar, que con seguridad eres mia, será bastante á darme salud, y à mantenerme alegre y contento.

Oíale á Ricaredo Isabela, y honesta, y discreta le respondió: Señor Ricaredo, despues que el Cielo me quitó á mis padres, me dió á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho,

cho, determiné, que jamás mi voluntad saliese de la suya: si con su sabiduría fuere yo tan venturosa, que os merezca, desde aqui os ofrezco la voluntad que ellos me dieren; y en tanto que esto se dilatáre, ó no fuere, entretengan vuestros deseos saber, que los míos serán eternos, y limpios en desearos el bien que el Cielo puede daros. Recobró tanto gozo con estas razones Ricaredo, que luego estuvo bueno; y levantandose de la cama, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos: y así un dia se lo manifestó á su madre, encareciendosele tanto, y las virtudes de Isabela, que le pareció á su madre, que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dióle buenas esperanzas de atraer á su padre á sus deseos, lo qual consiguió, que quisiese lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento, que casi tenia concertado con la doncella Escocesa, y teniendo en mas la dote de las virtudes de Isabe-

la, que las riquezas de la otra.

Quatro dias faltaban para que Ricaredo se casase con su amada Isabela: todo estaba dispuesto, y solo faltaba el hacer á la Reyna sabidora de aquel concierto; porque sin su voluntad, y consentimiento, entre los de ilustre sangre no se efectuaba casamiento alguno: pero como no dudaban de la licencia, por ser corriente, lo retardaron hasta la forzosa, quando ya sabidora la Reyna de las gracias, y hermosura de Isabela, llegó un Ministro á Clotaldo de parte de su Magestad, que al dia siguiente por la mañana llevase á su presencia la Españolita de Cadiz. Respondió Clotaldo que haria con mucho gusto lo que su Magestad mandaba. Quedaron todos llenos de turbacion, sobresalto, y miedo. Decia Catalina; si sabe la Reyna, que yo he criado esta niña á lo Catholico, qué será de mí, y toda mi casa? Ricaredo temblaba, casi adivino de algun mal suceso. Clotaldo buscaba modos como desvanecer el temor, y no los hallaba, sino en la mucha confi-

fianza que en Dios tenia, y en la gran prudencia de Isabela, quando esta les consoló, diciendo: No os dé pena, padres míos, y esposo de mi alma, ese temor que os aflige, que yo confío en nuestro Clementísimo Dios, y á quien cathólicamente servimos, que me ha de dar palabras por su Divina Misericordia, que no solo os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.

Alentados con estas razones de Isabela, empezaron á vestirla lo mas rica, y graciosamente que pudieron á la Española. Parecia un Angel bajado del Cielo, y con su gallarda dispocion, y milagrosa belleza se mostró aquel dia á Londres sobre una Carroza, llevando colgadas de su vista las almas, y ojos de quantos la miraban. Iban con ella dentro de la Carroza Clotaldo, Catalina, y Ricaredo; y de acompañamiento muchos deudos, y amigos á caballo, ricamente vestidos. Llegados, pues, á Palacio, entraron en una sala donde estaba la Reyna esperando á su ponderada Españolita. A dos pasos se

quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela: mas como quedó sola, pareció lo mismo que un sol apartado de las estrellas. Llegó proxima à la Reyna, y llena de humildad, se puso de rodillas delante de ella, diciendola en Lengua Inglesa: *Dé V. Magestad las manos á esta su sierva, que desde de hoy mas se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa, que ha llegado á ver la grandeza vuestra.*

Estuvo la Reyna mirando por un buen espacio, sin hablarla palabra, pareciendola, como despues dijo à su Camarera, que tenia delante de sí un Cielo estrellado. Hizo levantar à Isabela, y la dijo: *Habladme en Español, doncella, que yo le entiendo, y gustaré de ello; y bolviendose á Clotaldo, le dijo: Agravio me haveis hecho, Clotaldo, en tenerme este tesoro tantos años há encubierto: mas es tal que os havrá movido á codicia: obligado estais á restituirmele, porque de derecho es mio. Respondió Clotaldo: Señora, mucha verdad es lo que V. Magestad dice: confieso mi culpa, si lo*

lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfeccion que convenia, para parecer ante los ojos de V. Magestad: y ahora que lo está, pensaba traerla mejorada, pidiendo licencia á V. Magestad, para que Isabela fuera esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta, y suprema Señora, en los dos todo quanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respondió la Reyna: no la faltaba mas que llamarse Isabela la Española, para que no me quedase nada de perfeccion que desear en ella.

Pero advertid Clotaldo, que se, que sin mi licencia la teniais prometida á vuestro hijo. Es asi, señora, respondió Clotaldo, confiado en que no me negariais esta licencia, quando otras mas dificultosas mercedes me haveis concedido: quanto mas, que aun no está desposado mi hijo. Ni lo estará, dixo la Reyna, con Isabela, hasta que por sí mismo lo merezca, y gane en mi servicio prenda tan bella, que yo la estimo como si fuese mi hija. Apenas oyó esta ultima palabra Isabela, quando se bolvió á hincar de ro-

dillas ante la Reyna, diciendo en Lengua Castellana: *Las desgracias que tales desuentos traen, Serenisima Señora, antes se han de tener por dichosas, que por desventuras: ya V. Magestad me ha dado nombre de hijo; sobre tal prenda, qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar? Ricaredo ver se vió sin Isabela estuvo á pique de perder el juicio; y puesto de rodillas delante de la Reyna, dijo: Pues V. Magestad gusta de que yo la sirva con nuevos servicios, desearia saber en qué egercicio podré agradaros.* Dos navios, respondió la Reyna, están para partirse en corso: va por General de ellos el Varon de Lansac: del uno de ellos os hago Capitan. Espero, que vuestro valor, y la sangre de donde venis ha de suplir la falta de vuestros años, y que alcanceis el mejor premio que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo mismo os seré guarda de Isabela, aunque ella demuestra, que su honestidad será su mas verdadera guarda. Id con Dios, que pues vais enamo-

ra-



rado, grandes cosas me prometo. Besaron todos la mano á la Reyna, y se despidieron, quedando Isabela en el servicio de su Magestad.

Dispusose luego Ricaredo para salir en los navios, y una de las cosas que se propuso fue, no desembaynar su espada contra Catholico alguno, pidiendo al Cielo le depa- rase ocasiones donde, con ser valiente, cumpliese con ser Christiano, dejando á su Reyna satisfecha, y á Isabela merecida. A los seis dias de navegacion murió su General de un accidente de apoplejía, á tiempo que á la boca del Estrecho de Gibraltar descubrieron tres navios, uno poderoso, y otros pequeños, y quedó Ricaredo hecho General, segun el orden de la Reyna, que á falta de Lansac, lo fuese Ricaredo. Pasóse con presteza á la Capitana, quando fueron entrandose ácia ellos los navios contrarios, que eran Turcos: dejólos llegar con industria Ricaredo, y quando los tuvo á tiro, mandó disparar tan á buen tiempo, que con cinco balas dió en la mi-

tad de una de las Galeras con tanta furia, que la abrió por medio, y la echó á fondo. La otra se refugió al navio grande; pero Ricaredo, que tenia los suyos prestos, y ligeros, los siguió, descargando sobre ellos infinidad de balas, con que hicieron una mortandad grande de Turcos. Traian estos bastantes Christianos cautivos, y luego rompiendo las cadenas, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, algunos Españoles de los cautivos se pusieron á bordo del navio, y á grandes voces llamaban á los que pensaban ser tambien Españoles; porque Ricaredo havia mandado poner á sus naves insignias, no de Inglaterra, sino de España, entrasen á gozar el premio del vencimiento.

Llegó Ricaredo; y entrando con su gente en los navios, se apoderó de ellos, y de toda su riqueza, que era gran carga de especería, y de perlas, y diamantes traían mas de un millon de oro. Hizo pasar á su navio los cautivos Christianos, y dijo á los suyos: Ahora bien, amigos; pues

*Tam. I.*

B Dios

Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con animo cruel, y desagrado: y asi, soy de parecer, que ninguno de los Christianos muera; no porque los quiero bien (que todo era por disimular) sino porque me quiero à mi, y à vosotros muy bien, pues siendo tantos les puede dar animo de levantarse contra nosotros, y perder toda la gloria ganada: y por tanto, será mejor darles libertad, para que se vayan à España. Nadie reusó contradecir lo que Ricaredo havia propuesto, y algunos le tuvieron por valiente, magnanimo, y de buen entendimiento. Mandó Ricaredo dar de comer, y bien, à los Christianos, y pocos Turcos que havian quedado, pues ya venian muy necesitados. Dispusolos uno de aquellos navios, y bastimentos para mas de un mes, y asi como se iban embarcando iba dando à cada uno quatro escudos de oro, para que remediasen sus necesidades hasta llegar à tierra, que no estaba muy distante; y asi los

avió muy contentos, dandole mil gracias. El ultimo Español que se iba à embarcar le dijo: por mas ventura tuviera, valeroso Caballero, que me lleváras contigo à Inglaterra, que no que me embiáras à España; porque aunque es mi Patria, no he de hallar en ella sino ocasiones de tristezas, y soledades. Ricaredo, como era tan piadoso, y noble Caballero, se lo concedió, y quedóse en la nave con él.

Preguntóle despues le refiriese sus infortunios. Si haré, señor, le dijo. Sabrás, como en la pérdida de Cadiz, que sucedió havrá quince años, yo, que era uno de los mas acaudalados Mercaderes de aquella Ciudad, perdí toda mi hacienda, pues mi crédito pasaba de muchos centenares de millares de escudos: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada como no hubiera perdido à mi hija. Vine à extrema necesidad, hasta que no pudiendola resistir mi muger, y yo, que es aquella triste que allí està sentada, determinamos irnos à las Indias; y haviendonos embarcado en un navio de

.I. m. avi-

aviso, á los seis dias de nuestra salida dimos en manos de estos Cosarios que haveis vencido, y nos hicieron cautivos, donde se renovó nuestra desgracia, y se confirmó nuestra desventura. Mucha compasion le causaron à Ricaredo estos desdichados, y mas sospechando, ya fuesen estos los padres de su amada Isabela: por lo que le preguntó luego le dijese como se llamaba su hija. Respondióle, que Isabela. Aqui ya no pudo dudar, que eran los padres de su querida, y mandó al punto, disimulando, y sin darles nuevas de ella, que los pasasen á su Capitana, donde los cuidó, y agasajó lo bastante.

Aquella noche alzaron velas, y les sopló el viento tan favorable, que dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Londres, habiendo treinta que de él faltaban. Esperaba à la ribera infinito Pueblo; y ya proximo á ella, saltó Ricaredo en un Esquife, armado de todas armas, y puesto en tierra, se fue derecho à Palacio entre innumerable vulgo que le seguia, donde ya la Reyna,

puesta á unos corredores con sus Damas, y la bella Isabela, le esperaba. Isabela, luego que le vió tan gallardo, y esforzado, hubo de desmayarse, por no caber tanto gozo en su pecho. En fin, llegó ante la Reyna, y puesto de rodillas, la dijo: Alta Magestad, en fuerza de vuestra ventura, y en consecucion de mi deseo, habiendo muerto de una apoplejía el General de Lansac, y quedado yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparò la suerte dos Galeas Turquesas, que llevaban remolcando aquella gran nave, que alli aparece. Acometíla, pelearon vuestros Soldados como siempre, echaronse á fondo los baxales de los Cosarios: en el uno de los nuestros, en vuestro Real nombre di libertad á los Christianos que del poder de los Turcos escaparon, haciendose de nuestra parte: solo traje con nigo à un hombre, y á una muger Españoles, que por su gusto quisieron venir à ver la grandeza vuestra. Aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la qual por tor-

menta vino á dar á poder de los Turcos: lo que trae pasa de un millon de oro en perlas, y diamantes, con multitud de especería. A ninguna cosa se ha tocado, porque todo lo dedicó el Cielo, y lo mandé guardar para V. Magestad, que con sola una joya que se me dé, la qual V. Magestad me la tiene prometida, que es á mi querida Isabela, quedaré rico, y premiado.

Levantaos Ricaredo, respondió la Reyna, y creedme que si por precio os huviera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudierais pagar, ni con lo que esa nave trae, ni con lo que queda en la India. Yo vos la doy, porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois de ella. Si vos haveis guardado las joyas de la nave para mi, yo os he guardado la joya vuestra para vos. Isabela es vuestra veisla alli, quando quisieris podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que la haceis. Idos á descansar, y venidme á ver mañana, trayen-

dome esos dos, que decís, que de su voluntad han querido venir à verme, que se lo quiero agradecer. Besóla las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Al salir se le rodearon todas las Damas, y entre ellas Isabela, que de gozo no acertaron uno, y otro casi á hablarse.

Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo havia dicho quienes eran, pero que no les dijessen nueva alguna de Isabela, hasta que él mismo se la diere. Dió ordenes luego para vestirlos ricamente á la Inglesa, y al dia siguiente se fue con ellos à Palacio. Esperaba la Reyna, y tambien Isabela, que estaba preciosamente vestida à la Española. Pusola la Reyna á su lado para lisonjear á Ricaredo. Entraron todos à la presencia de la Reyna y los padres de Isabela quedaron admirados de ver tanta grandeza. Pusieron luego los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, presagio del bien que tan cerca tenían, les comenzó à saltar en el pecho. Saltó Ricaredo, y di-

dijo: Señora, esta muger, y este hombre que aqui veis son los que encarecidamente me pidieron los trajese conmigo: ellos son de Cadiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto, y notado, sé que son gente principal, y de valor. Mandólos la Reyna, que se llegasen cerca.

Alzó los ojos Isabela á mirar los que decian ser Españoles, y mas de Cadiz, con deseo de saber, si por ventura conocian á sus padres. Asi como Isabela alzó los ojos los puso en ella su madre, y detuvo el paso para mirarla mas atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias, como que havia visto aquella muger. Su padre estaba en la misma confusion. Ricaredo, estaba atento á ver los afectos, y movimientos que hacian las tres perplejas almas. Conoció la Reyna la suspension de entrambos, y el desasosiego de Isabela. Mandóla, que en Lengua Española dijese á aquella muger, y á aquel hombre, qué causa les havia movido á venirse con Ricaredo. Todo es-

to preguntó Isabela á su madre, la qual sin responderla palabra, y medio sobresaltada, sin reparar en miramientos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, su hija, y descubrió un lunar negro que alli tenia, la qual señal acabó de certificar su sospecha; abrazandose con ella, dió una gran voz, diciendo: *O hija de mi corazon! O prenda cara del alma mia!* Y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento con lagrimas. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y bolviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró; que se enterneció de gozo.

La Reyna, admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: Yo pienso, Ricaredo, que en vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no se os diga, que han sido acertadas; pues sabemos, que asi suele matar una subita alegria, como mata una tristeza. Echaron un poco de agua en el rostro á la madre de Isabela, y bolvió algo en su acuerdo: y puesto de

de rodillas Ricaredo delante de la Reyna, la dijo: *Perdone V. Magestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo de esta amada prenda.* Conoció Isabela à sus padres, y ellos la conocieron, á los quales mandó la Reyna quedar en Palacio, para que despacio pudiesen ver, y hablar á su hija, y regocijarse con ella. Y à Ricaredo le dijo, que de allí á quatro dias le entregaria á Isabela para que se casasen. Con esto se despidió de su Magestad muy contento: mas llegado el dia le ocurrió una tormenta, que mil veces temió anegarse en ella.

Fue el caso, que el Conde Arnesto, hijo de la Camarera Mayor de la Reyna, arrogante, altivo, y confiado, se enamoró de Isabela: declaróse con su madre: y ésta, no conociendo lo dificultoso de conseguir, no obstante por complacer al hijo, se fue á la Reyna, y de rodillas la suplicó suspendiese el casamiento solo por dos dias, que con esta merced quedaria muy servida. Concedióselo la Reyna, no imagi-

nando, que el casamiento se impidiese, en medio de que ya estaban vistiendo à Isabela preciosamente, y la Reyna la havia echado al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la nave, y puestole un anillo rico con un diamante apreciado en seis mil escudos. Despues que la Camarera consiguió la suspension, contó à la Reyna los amores de su hijo ácia Isabela, y puesta de rodillas, la suplicó se la diese por su esposa, que temia, que si no le daban por muger á Isabela; ó se havia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso. A lo qual respondió la Reyna: Que estaba su Real palabra de por medio, y que no la quebrantaria por todo el interés del mundo. Bolvió la Camarera á instar, aconsejando á la Reyna, que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela, y la de Ricaredo, se quitase la causa de por medio, eimbando á Isabela á España: A que la Reyna dijo: Eso de embiarla à España no tratase; porque su hermosura, sus muchas gracias, y virtudes la daban mucho gusto, y que

si hoy no la casaba con Ricaredo, sería otro día.

Con esto quedó la Camarera tan desconsolada, y sentida, que se resolvió à hacer una de las mayores crueldades, que pudo haber jamás en pensamiento de muger principal: y así, aquella misma tarde atisgó à Isabela en una conserva que la dió; que luego que la tomó se la comenzó à inchar la lengua, y la garganta: pusieronla denegridos los labios, turbaronla los ojos. Dieron aviso à la Reyna, y como la Camarera havia hecho aquel mal recado. Fue à ver à Isabela, que ya casi estaba espirando. Mandó llamar à toda prisa à sus Medicos, que esforzaron los remedios, y pidieron à la Reyna hiciese decir à la Camarera, qué genero de veneno la havia dado. Ella lo descubrió, con que los Medicos pudieron obrar, y libertar à Isabela de la muerte. Mandó la Reyna prender à la Camarera, y cerrarla en un aposento estrecho de Palacio; y ella se disculpaba, diciendo, que en matar à Isabela hacia sacrificio al Cielo; quitando

de la tierra una Cathólica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Oídas estas tristes nuevas de Ricaredo, el pusieron en terminos de perder el juicio.

Finalmente, Isabela no perdió la vida, pero perdió toda su hermosura, pareciendo un monstruo de fealdad. Con todo, Ricaredo se la pidió à la Reyna, y se la llevó à casa de sus padres, diciendola, que aunque Isabela havia perdido su belleza, no podia haver perdido sus infinitas virtudes. Así es, dijo la Reyna; llevaosla, y haced cuenta, que llevais una riquísima joya encerrada en una caja de maderas tosca, que queda à mi cuenta el castigo de la cometedora de tan gran delito. Ricaredo suplicó à la Reyna, como tan noble, y Christiano Caballero; que la perdonase, alegando razones muy fuertes, y cathólicas para ello. Llevóla, en fin, con muchas joyas, y diamantes muchos, que la dió la Reyna por despedida; porque era mucho el amor que la havia tomado. Los padres de Ricaredo, pareciendoles no ser po-

si-

sible, que Isabela bolviere en sí, determinaron enviar por la doncella Escocesa, y esto sin que lo supiese Ricaredo, para que su hermosura, que lo era tambien por extremo, hiciese olvidar la ya pasada de Isabela; á la qual pensaba embiar á España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas, que recompensas las pasadas perdidas.

Nada de esto sabía Ricaredo, quando se vió con la nueva esposa en casa: sobresaltóse mucho, y con la novedad temió, que havia de acabar la vida á su Isabela: y así, para templar este temor, se fue al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los quales dijo: Isabela de mi alma, mis padres, con el amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traído á casa una doncella Escocesa, con quien ellos tenían concertado casarme antes que yo conociese lo que tu vales. A mí, Isabela, aunque tu hermosura me cautivó, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, que si hermosa

te quise, fea te adoro; y para confirmar esta verdad, dame esa mano: y dándole ella la derecha, y asiendola él con la suya, prosiguió, diciendo *Por la Fé Catholica que mis Christianos padres me enseñaron, y la que guarda el Pontifice Romano, que es la que yo en mi corazón confieso; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo, Isabela, ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tu quieres levantarme á ser tuyo.* Quedó suspensa Isabela, y sus padres atonitos, y pasmados. Ella no supo qué decir, ni hacer mas, que besar muchas veces las manos de Ricaredo, y decirle con lagrimas, que ella le aceptaba por suyo, y se entregaba por su esclava. Los padres de Isabela solemnizaron con muchas lagrimas de gozo las fiestas del desposorio.

Ricaredo les dijo, que él dilatara el casamiento de la Escocesa; y quando su padre los quisiere embiar á España, no lo reusasen, sino que se fuesen, y le esperasen en Cadiz, ó en Sevilla por algun tiempo determinado, y que si éste pasase, era cierto haver muerto.

Isa



Isabela le respondió, que no solo ese tiempo, sino toda su vida, y hasta estar enterada, que él ya no la tenia. Empezó Ricaredo à trazar lo que determinaba hacer: y yendose à sus padres, les dijo: como en ninguna manera se casaria con su Escocesa, sin haver primero ido à Roma à asegurar su conciencia. Vinieron en ello sus padres, y con un criado antiguo, y fiel se marchó Ricaredo bien cargado de joyas, y dinero à la Ciudad Santa. En este intervalo, ya Isabela, y sus padres iban caminando bien ricos à España à su Lugar de Cadiz, donde llegaron en bonanza. Llegó Ricaredo à un Lugar de Francia, donde le siguió su enemigo Arnesto, que la Reyna le havia desterrado, y una noche estando cenando le tiró un trabucazo sin ser visto, y le dejó en la opinion de todos muerto. El criado, que se llamaba Guillarte, timido huyó, y no paró hasta llegar à Londres, donde dió noticia à sus amos de la desgracia, y como Ricaredo era muerto: lo que sus padres sintieron con estremado dolor.

*Tom. 1.*

La buena Isabela, con sus padres, al mes que estuvieron en Cadiz, se pasó à Sevilla, y allí tuvo carta de su señora Catalina, dandola parte, como su hijo Ricaredo al dia siguiente que ellos havian marchado, havia salido para Roma, donde convenia ir, y havia ya algunos meses que no tenian noticia de él; por lo que imaginó Isabela, que ya venia à buscarla. Vivía Isabela tan recogida, que nadie la veía; porque solo salia desde su casa à un Monasterio de Monjas, que tenia enfrente, llamado Santa Paula, donde Isabela tenia una prima; y à quien le havia dicho à Ricaredo preguntase por ella quando viniese à buscarla. Ya Isabela comenzaba à dar grandes esperanzas de bolver à cobrar su perdida hermosura, lo que consiguió, bolviendo à su ser primero, de tal manera, que en hablando de hermosas, todos daban el lauro à la Española Inglesa. Era pretendida de muchos: pero ella siempre estuvo firme, guardando à su Ricaredo: quando llegó otra carta de su señora Catalina, donde la daba la noticia

C

de

de la infausta muerte de su hijo Ricaredo, para que le encomendase á Dios, diciendola, como en Francia le havia muerto Arnesto, el hijo de la Camarera, y que el criado Guillarte havia huido, y venidose á Londres con la noticia de su muerte: pero quiso Dios, que recogiendo á Ricaredo, le curaron, y sanó despues de mucho tiempo, y despues venirse á España buscar à su esposa.

Isabela, que leyó esta carta, sin dar muestras de sentimiento, se fue luego al Oratorio, y puesta de rodillas ante la Imagen de un Soberano Crucifijo, hizo voto de ser Monja una vez que fuese cierta la muerte de su esposo, que por tal la tenia. Encomendóle muy de veras à su Dios; y dando liberrad à su piadoso corazon, empezó á derramar copiosissimas lagrimas por su amado. Sus padres la acompañaban: pero buelta en sí, templado el dolor con la santa, y chistiana resolucion que havia tomado, los consoló, y manifestó sus intentos. Entre tanto que se disponian las cosas necesarias

para entrar Religiosa, lo pasaba Isabela en egercicios santos, abstrayendose de toda comunicacion, y haciendo actos religiosos, penitencias, y ayunos, que ofrecia à su Dios por el alma de su querido esposo Ricaredo.

Llegó el dia de haver de entrar en el Monasterio; y publicado por toda la Ciudad, como la Española Inglesa tomaba el habito de Monja, como era tan ponderada su gallarda hermosura, concurrió infinito pueblo à verla salir de su casa. A este tiempo llegó à Sevilla Ricaredo disfrazado; y dirigiendo sus pasos al Monasterio de Santa Paula, donde havia de preguntar por su querida esposa Isabela, vió el bullicio de gentes, y que ya Isabela estaba à la Portería para entrarla las Monjas dentro: mas à grandes voces rompiendo por entre la gente, iba diciendo: *Detente Isabela detente, que mientras yo soy vivo no puedes ser Religiosa.* A estas voces Isabela, y sus padres, bolviendo la vista, vieron venir àcia ellos muy apresurado un gallardo mancebo de

de rostro hermoso , blanco , y colorado , sus cabellos de oro ensortijados que parecia un Angel. Llegó donde Isabela estaba ; y asiendola de la mano la dijo : *Conocesme Isabela? Mira , que soy Ricaredo tu esposo. Si conozco*, dijo Isabela, *si ya no eres fantasma , que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron , y le miraron , y conocieron ser Ricaredo , no cabiendo el gozo en su pecho. Bolvióle á mirar con atencion suma Isabela ; y asegurada , que era su amado , abrazandose con él , le dijo : Vos , sin , duda , dueño mio , sois aquel que solo podrá impedir mi christiana determinacion : Vos sois , sin duda la mitad de mi alma , pues sois mi verdadero esposo. Las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora , y madre vuestra , ya que no me quitaron la vida , me hicieron escoger la de la Religion , que es tambien morir al mundo , lo que en este punto , como has visto , queria entrar á vivir en ella. Mas pues Dios , con tan justo impedimiento muestra que-  
ner otra cosa , ni podemos , ni conviene , que por mi parte se*

*impida : venid , dueño mio , á casa de mis padres , que es vuestra , y alli os entregaré mi posesion por los terminos que pide nuestra Santa Fé Catholica.* Fueron todos con el mismo acompañamiento , y dentro de pocos dias se efectuaron las bodas con grande regocijo de toda la Ciudad , que divulgado despues el caso , causó grande admiracion. Y Ricaredo , pasmado de ver á su Isabela tan otra , y tan hermosa como antes , dió mil gracias á Dios de que le hubiese premiado su firmeza , y constancia , con que vivieron muy amados , y queridos.

Acabó el Hidalgo Benavides su Historia , y todos los de la cocina en palmadas demostraron sus vitores , por el buen rato que les havia dado , no dejando de ponderar los lances maravillosos de la Historia , y obstáculos , y embarazos que se le opinian á Ricaredo antes de conseguir á su amada Isabela : y repitiendo algunos de ellos los que mas impresion les havian hecho , renovaban las ternuras que al tiempo de referirlos Benavides les causó.

El tio Anton Terrones, que los vió á todos llorosos, compasivos, y llenos de mocos, que les causaba el recuerdo de lo que havian oído, con su genio festivo les dijo: Si esto os causa este suceso, qué será por otro rumbo festivo la Historia que yo ahora os voy á contar de aquel famoso Caballero Andante, Don Quijote de la Mancha, de quien ya la noche pasada tuvisteis tanto que aplaudir, que todos os meabais por ojos, y narices de risa? Pues estadme atentos, oiréis unas quantas aventuras de este Caballero, que os han de servir de mucha diversion.

Ya oisteis, y visteis armado de Caballero á nuestro D. Quijote, montado en su Rocinante, gozoso, y alegre de su dicha; y que despidiendose del Ventero, y demás gente de la Venta, caminaba apresurado, como á quien le falta tiempo para conseguir sus fines. Salió, pues, qual á él le parecia no haver otro mas galan, y valeroso entre todos los Caballeros Andantes, diciendo á media voz: Bien te puedes lla-

mar dichosa bella Dulcinéa del Toboso, pues te ha cabido en suerte el rendirse á tu voluntad el mas valiente, y nombrado Caballero, D. Quijote de la Mancha. En esto iba, quando llegando á la division de varios caminos, luego se le vino á la memoria las encrucijadas donde los Caballeros Andantes se ponian á pensar qual camino de aquellos tomarian: y suspenso un rato, soltó la rienda á Rocinante, dejando á su voluntad la suya. Siguió el camino que tomó su rocin, y á dos millas se le deparó á su imaginacion una estremada aventura.

Alcanzó á ver un gran tropel de gente, que como despues se supo, eran unos Mercaderes Toledanos, que iban á comprar sedas á Murcia. Eran seis que venian con sus quitasoles, con otros quatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote con sombreros tan grandes, que asi le parecieron en su desvaratada imaginacion, quando se persuadió ser cosa de nueva aventura. Afirmóse bien en los estrivos, apre-

apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, los esperó. Quando estuvieron ya proximos, levantó la voz Don Quijote, y con ademán arrogante dijo: Todo el mundo se detenga, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa, que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinéa del Toboso. Pararonse los Mercaderes al son de estas razones, y al ver la estraña figura del que las decia; y por la figura, y por ellas, luego echaron de ver la locura de aquel hombre.

Quisieron ver en qué paraba aquella confesion que se les pedia, y uno de ellos, un poco burlon, le dijo: Señor Caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora: mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrára, replicó Don Quijote, qué hicierais vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importan-

cia está, en qué sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar, y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal, y soberbia, aunque sea todos juntos, como es usanza, no á nuestra Orden de Caballeria, sino á vuestra infame ralea. Señor Caballero, replicó uno, suplico á Vm. en nombre de todos estos Principes que me acompañan, nos muestre algun retrato de esa señora, y esté seguro, que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra azufre, con todo eso, por complacer á Vm. diremos en su favor todo lo que quisiere.

Encendido en colera Don Quijote, respondió: No le mana, canalla infame, eso que dices, sino ambar, y algalia, entre algodones, y no es tuerta, ni corcobada, sino mas derecha que un uso de Guadarrama: pero vosotros pagaréis la gran blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi seño-

ñora: y en diciendo esto arremetió con la lanza contra el que lo havia dicho con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiciera, que en la mitad del camino tropezára, y cayera Rocinante, lo pasára mal el Mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una bueua pieza por el campo; y queriendose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Los Mercaderes, que empezaron á reír al ver á Don Quijote como rodaba, y que todo se hacía una pura diligencia por levantarse, y no podia, tuvieron compasion de él, y prosiguieron su camino, dejandole por loco. El, no obstante, viendo esto, decia: Non fuyais gente cobarde, gente cautiva, atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aqui tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debía ser de buena intencion, oyendo decir al pobre postrado tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle respuesta en las costi-

llas. Tomó la lanza, y despues de haverla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que le molió grandemente los lomos. Dabanle voces sus amos, que le dejase: pero estaba el mozo tan picado, que no quiso dejar el juego hasta embidar todo el resto de su colera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, dejandole hecho una miseria.

Asi estaba Don Quijote mas impedido que antes para levantarse, quando quiso su fortuna, que acertó á pasar por alli un Labrador de su mismo Lugar, que venia de llevar una carga de trigo al molino; y quando le vió tendido quejandose, se llegó á él, y le preguntó quién era? Don Quijote creyó sin duda, que aquel era el Marqués de Mantua, su tío, y así no le respondió otra cosa, que aquella relacion que empieza: *O noble Marqués de Mantua, mi tío y señor carnal!* quando Carloto le dejó herido en la montaña á Baldovinos, y en que le daba noticia de su des-

desgracia: El Labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostró, que le tenía lleno de polvo. Y apenas le hubo limpiado, quando le conoció, y le dijo: Señor Quijada, ( que por tal nombre le conocían en su Lugar ) quién ha puesto á Vm. de esta suerte? Pero él seguía con su romance à quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto, y espaldar para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre, ni señal alguna.

Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento: recogió las armas, y liadas, las puso en el Rocinante, y tomándole de la rienda, se encaminó ácia su Lugar, bien pensativo de los disparates que Don Quijote decia. De puro molido no se podia tener en el borrico, y de quando en quando daba unos suspiros, que los ponía en el Cielo. Bolvióle á preguntar el Labrador, qué mal sentía? Y no parece sino que el

diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos; porque en aquel punto, olvidandose de Baldovinos se acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió, y llevó cautivo à su Alcaydía: y así, le respondió las mismas palabras que el cautivo Abindarraez respondía á Rodrigo de Narvaez; con que el Labrador se iba dando al diablo de oír tanta maquina de necedades, por donde conoció; que su vecino estaba loco. Procuraba quanto antes llegar al Lugar por escusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo qual dijo: Sepa Vm. señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinéa del Toboso, por quien yo he hecho, y haré los mas famosos hechos de Caballeria que se hayan visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondió el Labrador Señor, que no soy yo Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso

su

su vecino; ni Vm. es Baldovinos, ni Abindarraez, sino el honrado Hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió D. Quijote, y se, que puedo ser, no solo lo que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aún todos los nueve de la Fama; pues à todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada uno de por sí hicieron se aventajarán las mias.

En estas platicas, y otras semejantes llegaron al Lugar, y à la casa de D. Quijote, donde oyeron grandes voces que daba la ama con el Cura, y el Barbero del Lugar: que decia: Qué le parece à Vm. señor Cura, de la desgracia de mi señor? Seis dias ha que no parece él, ni el Rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas; desventurada de mí, que me doy à entender, que estos malditos libros de Caballeria, que suele leer tan de ordinario, le han buuelto el juicio; y ahora me acuerdo haverle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser Caballero Andante, é irse à buscar las aventuras por el mundo. Encomendados sean à satanas tales libros. Lo mismo decia la sobri-

na; y aun decia mas: Sepa señor Maese Nicolas, (que así se llamaba el Barbero) que muchas veces le aconteció à mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, y al cabo de los quales, arrojando el libro, ponía mano à la espada, y andaba à cuchilladas con las paredes; y despues de haverse cansado decia, que havia muerto quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaba de la gran fatiga, decia, que era sangre de las feridas que havia recibido en la batalla; y bebiendo luego un jarro de agua fria, quedaba sano, y sosegado, diciendo, que aquella agua era una preciosisima bebida que le havia traído el sabio Esquife, un grande Encantador, amigo suyo.

Todo esto estaban oyendo el Labrador, y D. Quijote, con que acabó de conocer el Labrador la enfermedad de su vecino; y así, comenzó à decir à voces: Abran vuesas mercedes al señor Baldovinos, y al Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo

Nar-



Narvæz, Alcayde de Aniteque-  
ra. A estas voces salieron todos,  
y como conocieron los unos à  
su amigo, las otras à su amo, y  
tío, que aun no se havia apeado  
del jumento, pues no podia, cor-  
rieron todos à abrazarle. El  
dijo: Tenganse todos que ven-  
go mal ferido por la culpa de  
mi caballo: llevenme à mi le-  
cho, y llamese, si fuere posible,  
à la sábia Urganda, que cure, y  
cate de mis feridas. Mira en ho-  
ra mala, si me decia à mí bien  
mi corazon del pie que cojeaba  
mi Señor? Suba Vm. que sin que  
venga esa Urganda le sabremos  
aqui curar. Malditos, digo, sean  
otra vez esos libros de Caba-  
llería. Llevaronle luego à la ca-  
ma, registraronle, y no le ha-  
llaron feridas: y él dijo, que era  
todo molimiento, por haver da-  
do una gran caída con Rozinan-  
te combatiendose con diez jaya-  
nes, los mas desafortados, y atre-  
vidos que se podian fallar en  
gran parte de la tierra. Hicieron-  
le à Don Quijote mil preguntas,  
y à ninguna quiso responder,  
sino que le diesen de comer, y  
le dejasen dormir.

Entre tanto que dormia, el  
Cura, y el Barbero hicieron re-  
gistro de los libros de Caballe-  
ría que tenia, que eran muchos,

Tom. I.

y al punto cómenzaron à que-  
mar los que eran, y havian sido  
causa de su locura. En esto es-  
taban ya havia tiempo, quando  
comenzó à dar voces D. Quijo-  
te, diciendo: Aqui, aqui valero-  
sos Caballeros, aqui es menes-  
ter mostrar la fuerza de vues-  
tros valerosos brazos, que los  
Cortesianos llevan lo mejor del  
tornéo. Acudieron todos allá, y  
ya estaba levantado de la cama  
D. Quijote, dando cuchilladas,  
y reveses à todas partes, estan-  
do tan despierto como si nunca  
huviera dormido. Abrazaronse  
con él, y por fuerza le bolvie-  
ron à la cama: y despues que  
huvo sosegado un poco, bol-  
viendose à hablar con el Cura,  
le dijo: Por cierto, señor Arzo-  
bispo Turpin, que es gran men-  
gua de los que nos llamamos  
doce Pares de Francia dejar tan  
sin mas ni mas llevar la victoria  
de este tornéo à los Caballeros  
Cortesianos, habiendo nosotros  
los Aventureros ganado el prez  
en los tres dias antecedentes.  
Calle Vm. señor compadre, dijo  
el Cura, que Dios será servido,  
que la suerte se mude, y el que  
hoy se pierde mañana se gane, y  
atienda Vm. à su salud por aho-  
ra, que me parece, que debe es-  
tar demasadamente cansada, si

ya no es, que está mal ferido. Ferido no dijo D. Quijote; pero molido, y quebrantado no hay duda; porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve, que yo solo soy el opuesto á sus valentías: mas no me llamaría yo Reynaldos de Montalvan, si en levantandome de este lecho, no me lo pagáre á pesar de sus encantamientos: y por ahora traiganme de yantar, que sé, que es lo que me hará mas al caso.

Trajeronle de comer, y despues de haver comido se bolvió á quedar dormido, y aquella noche la ama, todos los libros que havian apartado el Cura, y el Barbero los quemó. Uno de los remedios que el Barbero, y el Cura dieron por entonces para el mal de su amigo, fue, que le tapiasen el aposento de los libros, porque quando se levantase no los hallase, quizá quitando la causa cesaria el efecto; y que dijesen, que un Encantador se los havia llevado, y el aposento, y todo; y asi fue hecho con mucha presteza. De alli á dos dias se levantó D. Quijote; y lo primero que hizo, fue á ver sus libros: y como no ha-

llaba el aposento donde le havia dejado, andaba de una en otra parte buscandole. Llegaba donde solia tener la puerta, tentabala con las manos, y bolvia, y rebolvia los ojos por todo sin decir palabra: pero al cabo de un buen rato preguntó á su ama, que ácia que parte estaba el aposento de sus libros? El ama que ya estaba bien advertida, le dijo: Qué aposento, ó que nada busca Vm. Ya no hay aposento, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, despues del dia que Vm. de aqui se partió, y apeandose de una sierpe en que venia á caballo, se entró dentro, y no supimos lo que hizo.

Lo que sabemos es, que de alli á poco salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo, y quando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, ya no vimos libros, ni aposento: solo se nos acuerda, que al tiempo de partirse dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa, que despues se vería. Dijo tambien, que se llamaba el Sabio

Muñaton. Frèston diria, dijo D. Quijote. No se, respondió el ama, si se llamaba el Friston, ó Friton, solo sé, que se acababa en ton su nombre. Asi es, dijo D. Quijote, que ese es un Sabio Encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes, y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un Caballero, á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorvar; y por eso procura hacerme todos los sinsabores que puede. Pero ahora bien tio, dijo la sobrina, quién le mete á Vm. en esas pependencias? No será mejor estarse pacifico en su casa, que no ires por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar, que muchos van por lana, y salen trasquilados? O sobrina mia, respondió D. Quijote, y quan mal que estás en la quenta! Primero que á mí me trasquilen tendré peladas las barbas á quantos imaginen tocarme la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron, que se le encendia la colera; y asi le dejaron, con que estuvo por algunos dias sosegado, y quieto, hasta que otra vez bolvió á

salir como antes: de que ya hablaré otra noche.

Dieron muchos vitores los Tertulios al tio Anton Terrones ver lo mucho que les hizo reir con los disparates de D. Quijote; y la buena tia Galga, su muger, al verle aplaudir tanto á su marido, despedia mocos por las narices, y lagrimones por los ojos sin tino, diciendola las demás compañeras dichosa eres, tia Galga; porque Dios te ha dado un marido tan sabiondo. En verdad, dijo una hilandera, que si marido mi fuera tan sabioso como el tio Terrones, no me trocara por la Jiralda de Sevilla: qué digo por la Jiralda? ni por la muger de Alcalde, que es mas: pero la lastima es, que es muy tonto, y me pudre los sesos con sus necesidades. A esto dijo el Hidalgo Benavides: Vamos tio Bermejo, que usted no puede menos, que saber algunos chistes, pues le dá la tecla para ellos. Cuéntenos alguna cosa este poco de tiempo que falta. Si haré señores: oiganme lo que ha poco tiempo que vi en Madrid pasando por una calle con paja.

Iba por la calle del Prado un señorito con otro, que al parecer hacia de Ayo, ó Escude-

ro: llevabale à mano derecha, por donde conocí, que era su amo. No parecian los alcances del señor muy advertidos, por lo que reparé en los ademanes que iba haciendo, tan breve se atusaba la peluca: tan breve jugueteaba con los guantes: miraba atrás, y adelante sin quietud: quando á los balcones, quando á las tiendas, y quando á todos los que pasaban por la calle. Acertó à venir ácia ellos un Caballero bien portado, y el ayo le dijo: *Al pasar ese Caballero quitele Usía el sombrero.* Tan á la letra lo hizo, que lo mismo fue encarar con él, que arremetiendole, le quitó el sombrero de la cabeza. El Caballero, al verse así ajado, se encendió en colera, y acometió trás él con el espadin desembaynado: opusose el Ayo entre los dos con buenas, y urbanas razones, demostrando la corta capacidad, y necesidad del sugeto, con que se sosegó el Caballero: mas en medio de eso se disculpaba el buen señorito tonto, diciendo à voces, que su Ayo se lo havia mandado. Es verdad, dijo este, bolviendose al Caballero agraviado; pero fue en terminos de cortesía, y política, en que se hizo manifiesto á todos lo ma-

terial de la ejecucion, y lo necio de la inteligencia del señor, con que el Caballero quedó satisfecho, y sosegado. No paró aqui la tontería del señorito, que haciendole cargo despues su Ayo del atentado que havia hecho, y que el haverle dicho, que le quitase el sombrero, era decirle le hiciese cortesía, quitandosele él de su cabeza, respondió el tonto: *Eso seria entonces quitarmele yo, y no quitarsele á él.*

Vaya que es chistoso el cuentecillo, dijeron todos: lastima es, que no tenga el tio Bermejo algunos mas de este jaez, que con la salsilla que los cuenta hace reír á las piedras. Algunos hay, amigos míos; pero no se ha de decir todo una noche: digan tambien los demás, y así se llenará el hueco. Si dirémos, dijeron todos, y hasta el Hermano Casimiro ha de decir algo, para que no se huelgue de valde. Si haré, respondió; pero diga otro entre tanto que yo discurro. Saltó el tio Bermejo, y dijo: yo le haré lugar con un cuentecillo de risa, y corto, que me ha quedado de rezaga. Paseaban por las calles de Madrid á un Cornudo, mandando la Justicia, que su muger le azotase, y

que si no le diese recio, el verdugo la azotase á ella. Siempre y quando llegaba al sitio de descargar sobre sus espaldas la penca, un poco antes de llegar á él, bolvia el marido la cabeza, y decia: *Por Dios, Catalina mia, que me des recio, que asi no te azotaràn, ni haràn daño.*

Fue muy celebrado este cuentecillo de los Tertulios: y el Hermano Casimiro, que havia venido á cobrar la lana de los borregos, dijo: los cuentos mios no son tan graciosos como los del tio Bermejo; porque van por otro camino; pero no obstante, algo divertirán; porque son de otro Hermano Lego muy gracioso á lo divino, que ya tendreis noticia de él, llamado el Hermano Junipero. Mas si será el de los Angelitos? dijo el señor Benavides. El mismo, señor Hidalgo.

Havia en la Ciudad de Asis un dia grandes fiestas; y el Hermano Junipero se apareció en la plaza desnudo publicamente. Al punto dió con él, y contra él la turba impetuosa, y de embuelta de todos los muchachos de la Ciudad. Era tanto, y tan desapiadado el mal trato que le hacian, que compadecido un devoto, fue á noticiarselo al

Guardian, para que lo sacase de aquel enjambre de muchachos, que como avejas le séguian, y perseguian. Salió luego el Guardian, y recogió á su Fr. Junipero, llevandosele consigo al Convento. Llevóle á Capitulo, donde delante de toda la Comunidad le hizo decir su culpa; y despues de haverle azotado bien, empezó el Guardian á exclamar: *No sé, qué nos bagamos con este tontazo, afrenta de nuestro santo Habito. En verdad, Hermanos mios, que ignoro qual penitencia le podremos dar, que iguale á sus delitos.* A esto dijo Fr. Junipero: yo te lo diré Hermano Guardian: *Mandame, que vuelva á la plaza donde me sacaste, que los mismos muchachos cumplirán este su deseo, castigandome muy á tu satisfaccion; porque para esto tienen una gracia muy particular los Angelitos.* Con esta simplicidad quedó el Guardian desarmado de su colera, como la Comunidad edificada con el fundamento de su humildad profunda.

Mucho se aplaudió el caso de Fr. Junipero, y sirvió de edificacion mucha á todos los oyentes: dieron muchas palmadas al Hermano Casimiro por el gustoso rato, y chiste con que lo contó, y desde entonces, siempre que ve

venia al Lugar le hacian contar las viejas el cuento de los Angelitos, con que reian mucho, y él no lo perdía; porque la que tenia intencion de darle un pollo le daba dos: la que quatro huevos seis; y asi de todo lo demás.

El Hidalgo Benavides, que havia estado de vagar desde que finalizó su Historia, dijo: Amigos míos, yo que empecé la Asambléa será razon, que la concluya con tres cuentecitos chistosos, havia un Estudiante picaron: y asi, estadme atentos. Bolveria desde Salamanca un Estudiante de concluir Curso para su tierra. No llevaba muchos quartos; y asi, en todas las posadas ajustaba su bolsa con la huespeda, para que no se le acabasen antes de concluir su viage. Era suma la economia de que usaba. Sucedió, que llegando á hacer noche á una pasada, donde la huespeda era muger de lindo entendimiento, lindo modo, y mucho agrado, le preguntó, que qué queria cenar? Respondió, que un par de huevos. No mas, señor Licenciado? dijo la huespeda. A lo que el Estudiante dijo: Bastame señora, que yo cenó poco. Trajeron le los huevos, y al tiempo de cenarlos le propu-

so la huespeda unas truchas muy buenas, que tenia por si las queria. Negóse el Estudiante al embite. Mire señor Licenciado, añadió la huespeda, que son muy ricas, porque tienen las quatro *FFFF*. Cómo la quatro *Efes*? replicó el Estudiante. Pues no sabe señor Licenciado, repuso la huespeda, que las truchas para ser regaladas han de tener quatro *Efes*? Nunca tal he oído, dijo el Estudiante, y quisiera saber, qué quatro *Efes* son esas, ó qué significa ese enigma. Yo se lo diré señor, respondió la huespeda. Quiere decir, que las truchas mas sabrosas son las que tienen las quatro circunstancias de *Frescas, Frias, Fritas, y Fragosas*. A lo que el Estudiante dijo: ya caigo en ello; pero señora, si las truchas no tienen otra *F* mas para mi no sirven. Que otra *Efe* mas es esa? preguntó la huespeda. Señora, que sean *Fiadas*; porque en mi bolsa no hay con que pagarlas por ahora. Agradó tanto la agudeza á la huespeda; que no solo le presentó las truchas graciosamente, mas le previno la alforja para lo que le restaba de camino.

Havia en el lugar de Baldeolivas, en la Alcarria un mozo de humor tan intrepido, que

todo lo llevaba por la vida ayrada sin haver forma, por varios medios que tomaron de poderlo reducir, á que no tuviese aquel genio tan aspero inreducible á las cosas regulares, servia esto de desazon á los parientes mas cercanos, como hermanos y hermanas que tenia; pero como no veian en el otras cosas malas lo dejaban, y asi iba pasando: Havia otro Jaqueton en el lugar que se mofaba, y decia si fuera pariente mio, ó cosa que me tocára, yo le prondria blando como una breba sin tocarlo al pelo de la ropa, otro que le tenia muy bien conocido le respondió seria imposible, esto vino aparar que entre los dos hicieron una puesta crecida con la condicion de no tocarlo á la ropa como havia ofrecido, y con efecto se acordaron para la noche siguiente sin revelar el modo como havia de ser el que havia ofrecido domar aquel genio, fueron á la casa de un vecino suyo, que solo mediaba un tabique, le manifestaron á este la puesta y á lo que iban, y que á él no se le havia de hacer ningun daño dió su permiso, y fue testigo

del caso: el domador, empezó á obrar no dejando ninguna luz sino es en parte retirada, y principiò con una voz triste, y desentonada; fulano, fulano, fulano, el otro que dormi á pierna suelta, y sin cuidado á la tercera vez respondió, quién llama á esta ahora? mira que vengo del otro mundo á decirte que dejes ese genio, y le domines, y te sujetes á la razon, y te hagas amable de las gentes, y respondió muy fresco, y que no me quieran que me importa á mi, y echó á dormir sin cuidado, bolvió otra vez fulano; como haces tan poco caso de los avisos del otro mundo, y respondió, ahora estoy en este, en yendo allá haré lo que me manden, y hechó á dormir: viendo la puesta que iba perdida, y que nada podia lograr, enfadado buelve otra vez fulano, fulano, y responde, ya estoy enfadado de tanto fulano, y de que no me dejen dormir por vida de tantos y quantos diga de una vez lo que quiere, y dejeme en paz dormir, que para eso es la noche, mira que soy el alma de tu Padre que te amonesto hagas lo dicho, y además te digo, que

que me mandes decir cien Misas, que me hacen falta, y responde, deje Vm. hay 300 reales, y buelva pasado mañana por el recibo, y baya Vm. con Dios, que tengo que madrugar, y hechó à dormir con la misma frescura que estaba durmiendo; quando fueron, el otro dió por perdida su apuesta, y exclamó aunque vengan todos los demonios no le han de sacar de su paso ni de dormir. Consiguiente al pasado contó el Christe siguiente. En un lugar de la Mancha, enfermó de peligro uno de buen humor, llamaron al Medico, y viendo lo muy malo que estaba le dijo, es necesario que à listante confiese, reciba el Viatico, y disponga sus cosas porque el mal viene con espada en mano, y por esto no se ha de morir sino ha llegado la hora que Dios tiene de terminada; respondió el enfermo, eso que Vm. dice ya dias ha que lo se

yo, pero diga Vm. Señor Doctor, eso que me ha recetado que lo haga de contado que confiese, reciba el Viatico, y disponga mis cosas no lo podia repartir para dos, ó tres dias, porque yo le he oído decir hay remedios para todos los males: Respondió el Medico, para esto no hay remedio à listante es menester hacerlo porque primero es el Alma que todo, y esta vale mas de lo que puede pensar, á lo que replicó el enfermo no tiene mas si no es que con la prisa que Vm. mete, para hacerlo todo me dá una noche de dos mil demonios.

Alborotaronse todos con estos graciosos cuentos, no pudiendo contenerse de risa en los bancos, ni las mugeres en el suelo: y todos alegres, y festivos, celebrando la graciosidad del Estudiante, y del farfanton, y el de los dos mil demonios, se marcharon à sus casas hasta la noche siguiente.



**FIN.**